

Las dificultades del Interculturalismo *

Roberto G. Salvadori

Resumen: Podemos describir tres obstáculos en el camino para construir una sociedad multiétnica: el menosprecio del problema; el conflicto entre la necesidad de respetar una cultura y la necesidad de abrirse a otra cultura; la existencia de aspectos inaceptables de una cultura específica en un marco universalista. Este artículo describe formas de superar esas dificultades: a) un proceso gradual del multiculturalismo hacia el interculturalismo, b) ciertas condiciones mínimas que deberán encontrarse a un nivel material (hogar, trabajo, etc.), c) el alentar a los individuos y a las comunidades a reducir su distancia física y psicológica, y mostrarse respeto mutuo (a lo que la educación puede contribuir por medio de la enseñanza de las ciencias sociales).

Identificando las dificultades

La enseñanza intercultural, como el interculturalismo, es una necesidad impuesta a la sociedad por la realidad. Este reconocimiento, sin embargo, no necesariamente significa que los problemas surgidos en este campo sean discutidos en una forma sistemática o con una perspectiva de largo alcance. Por el contrario, muchos países parecen despreocupados sobre estos asuntos. Podemos decir que el interculturalismo todavía no ha entrado en el campo de la cultura. Dado el hecho de que los fenómenos migratorios están destinados a expandirse —a juzgar por los patrones actuales— nosotros deberíamos de interesarnos por esta situación, indiferentes de que un incremento en los porcentajes actuales pueda ser controlado o no (aunque todo pareciera aumentar rápidamente hoy en día).

El primer obstáculo que encontramos en el camino para construir una sociedad multiétnica es el hecho de que las poblaciones y gobiernos no están lo suficientemente conscientes de la naturaleza y tamaño del problema. El resultado de esto es que en muchos países las escuelas son raramente concebidas y organizadas de tal manera que sea posible lograr esta finalidad.

El segundo obstáculo que encontramos es inherente a la misma naturaleza de las culturas, si las vemos desde una perspectiva antropológica. Aquí hay unos cuantos obstáculos serios para la propagación de la cultura, si pensamos en la cultura en su significado presente de conocimiento dominante. Transmitir e intercambiar información es bastante simple en el mundo actual. A este respecto, el único problema al que tenemos que dirigirnos es qué información se seleccionará de un conjunto muy grande de datos que crecen progresivamente, para que podamos usarlos como una herramienta efectiva para interpretar la realidad, y esto no es un problema menor en sí mismo.

Por otra parte, si queremos decir que por cultura entenderemos la suma de las manifestaciones profundamente arraigadas de la vida material, social y espiritual de una persona, *i.e.* los sistemas codificados de respuesta a un estímulo producido por el entorno (uno en particular), y por otros entornos existentes dentro de él, entonces tendremos que llegar a términos con la reservada y exclusiva propiedad de tales manifestaciones y la naturaleza inflexible de tales sistemas. Los efectos de esto son prontamente observados. Estos pueden ser resumidos en la mutua irreductibilidad de culturas. Después de todo, si la cultura (*i.e.* cada cultura específica) prueba ser incapaz de guiar y moldear el comportamiento de los individuos, haciéndolos tanto similares como únicos, su función misma será frustrada. No hay duda de que cada cultura es tanto un producto de un proceso histórico como un sujeto de transformaciones continuas y a veces radicales.

Los inmigrantes tienden a tener una fuerte conexión con la cultura de su país de origen y una débil conexión hacia la del país anfitrión. Está claro que el occidente ejerce un poder de atracción casi irresistible por medio de su material cultural, sus productos tecnológicos y su prosperidad. Pero no ejerce el mismo poder de atracción, sin embargo, en términos de arte, lenguaje, convicciones religiosas o éticas, etc.

Por otra parte, los países anfitriones a menudo ejercen involuntariamente una considerable presión para asimilar a las personas que llegan de lugares distantes. Sólo marginal y esporádicamente los países anfitriones toman en cuenta sus diferentes maneras de vivir, pensar y ser. Cada cultura es envuelta en un empaque que preserva su contenido, pero que al mismo tiempo rechaza de manera instintiva virtualmente todo lo que se sospeche como una intromisión. No hay objeción a la mera curiosidad o intercambio de información, mientras que se pruebe que no quedarán huellas tangibles.

El proceso de enculturación (*i.e.* la educación/enseñanza, planeada o no, a la que cada miembro de la sociedad es sujeto) se adquiere espontáneamente, siempre y cuando no se alteren las características de aculturación (la superposición de una cultura por otra, hasta que la anterior es cancelada o queda subordinada). En muchos casos, la responsabilidad resultante es desbalanceada o, más bien, distorsionada tanto en términos de dar como de recibir. Algunas veces, contiene un potencial para conflictos, que puede variar en intensidad dependiendo de las circunstancias y las fuerzas relativas de las comunidades implicadas. El racismo, y generalmente hablando, la xenofobia pueden jugar un papel en tales procesos, pero al momento éstos no son los enemigos más temidos. Es claro que no debemos bajar la guardia nunca, puesto que serios daños pueden ser causados por ideologías tales como el llamado racismo diferencial (que, camuflado como un respeto por la diversidad de culturas, rechaza la idea del acercamiento y mezcla de culturas). La mutua insensibilidad e impermeabilidad de culturas proviene de un exceso de autodefensa que causa daño a todos los implicados, pero esto al menos deja espacio para una tolerante indiferencia hacia otras personas, aunque de una manera precaria e incierta.

Se debe enfatizar que, igual como nosotros sentimos una inclinación a ser solidarios con otros (o al menos con ciertas personas), todos nosotros encubrimos igualmente una cierta cantidad de misantropía y un deseo de distanciarnos de otros. La sociabilidad y la insociabilidad coexisten en cada uno de nosotros, en nuestra vida social e individual (y cada uno de nosotros difiere de otras personas, y por último de nosotros mismos). Nosotros siempre debemos tener presente el hecho de que la violencia hacia otros es un ingrediente del alma humana; esto explica ampliamente el cómo y por qué las más sinceras peticiones por la paz, tolerancia y amistad universal prueban ser meramente retóricas, a menos que estén acompañadas y sostenidas (tal vez deberíamos decir precedidas) de propuestas concretas diseñadas para contener y sublimar esta violencia.

Finalmente, hay un tercer gran obstáculo con el que tenemos que competir. Las culturas consisten de una constelación de valores, es decir principios y criterios a los que es dado un significado positivo, y de los que se espera cierta observancia por cada miembro de la sociedad. Algunos de estos son perfectamente neutrales: una forma de vestir o de expresar la alegría o dolor propios, normalmente sin importancia para quienes adoptan diferentes formas de conducta. Otras, tales como ciertas reglas basadas en conductas religiosas relacionadas con la alimentación o días de fiesta, implican una mutua aceptación que no siempre es fácil de obtener, pero usualmente no plantea problemas particularmente serios. Pero hay otras formas de conducta más objetables que pueden causar serios problemas. Tal comportamiento puede ser ásperamente dividido en dos categorías: el fanatismo (religioso o de otra manera) y el rechazo al principio de igualdad entre todos los seres humanos. Esta última forma ha tenido efectos muy dañinos, algunas veces en particular hacia las mujeres. En ambos casos, encontramos claramente un obvio rechazo del mismo significado y enseñanza del interculturalismo, el objetivo del cual es promocionar universalmente la dignidad humana y el respeto que ésta garantiza. Sin este marco secular universalista, la actividad intercultural queda sin sentido. Esto destaca claramente la gravedad y dificultad de las tareas encaradas por los maestros comprometidos en la promoción del interculturalismo.

Es claro que la lista de problemas y obstáculos que encontramos a lo largo del camino hacia una verdadera sociedad intercultural no terminan aquí. Sólo necesitamos pensar en los problemas planteados por personas pertenecientes a grupos étnicos distintos que están en el mismo salón de clases o, tal vez deberíamos decir, diferentes culturas (no debemos olvidar que hay más culturas que grupos étnicos, lo que, como señaló Claude Lévy-Strauss, demuestra la esencia histórica de las culturas). Otros problemas provienen de la incompatibilidad de ciertas calificaciones laborales obtenidas en el país de origen del inmigrante, o de la diferente aproximación necesaria para educar adultos, tan opuesta a la de los niños, etc.

no obstante, los tres obstáculos mencionados anteriormente (menosprecio del problema; el conflicto entre la necesidad de respetar una cultura y la necesidad de abrirse a otra cultura; la

existencia de aspectos inaceptables de una cultura específica en un marco universalista) parecen ser los mayores, *i.e.* aquellos que tenemos que vencer primero.

Solucionando las dificultades

Existe un costo en la enseñanza intercultural, no sólo en términos económicos, sino también en términos de cultura. La educación sólo será válida cuando ambas partes de la relación — maestro y alumno— se involucren en la misma forma y al mismo nivel, y cuando se transformen el uno al otro. Algo cambiará en ambas culturas. Esto no es una operación sin dolor. El resultado puede ser un sentimiento de confusión e incluso la pérdida o debilitamiento de una identidad que parecía ser única e irremplazable, como cuando era legitimada y casi bendecida por la tradición y el implícito, pero muy poderoso, consentimiento del grupo social de origen.

Si este cambio de conducta sucede, una muy útil información y, nociones y enseñanzas reforzadas serán no obstante, comunicadas, pero no el interculturalismo en el verdadero sentido de la palabra, *i.e.* la educación. El interculturalismo es simplemente una etapa en el camino hacia el logro del interculturalismo y la creación de una cultura común, que será probablemente mucho más extensamente definida y ciertamente será diferente de las culturas originales tanto de maestros como de alumnos. En otras palabras, ha sido establecido que el interculturalismo está estrechamente vinculado con el crecimiento cuantitativo y cualitativo de la democracia en el mundo.

Esta suposición debe ser perfectamente clara no sólo al nivel de las relaciones interpersonales, sino (en todos los países) al mucho más amplio nivel de las políticas educativas en las que el rol del interculturalismo es reconocido específicamente como absolutamente central. En Italia, por ejemplo, el recientemente abierto debate de cómo reformar el sistema educativo ofrece lo que podría ser una oportunidad única para dirigir el problema, teniendo presente este objetivo. Tampoco debería olvidarse que, a pesar de su importancia, la enseñanza intercultural es sólo una parte de un enorme y más desafiante proceso. Si anfitriones y recién llegados deberán establecer un diálogo fértil, ciertas condiciones mínimas deberán cumplirse en el nivel material: un hogar y trabajo tanto para anfitriones como para recién llegados. Otra importante condición es que el inmigrante que lo desee deberá ser autorizado para adquirir la plena nacionalidad del país anfitrión basado en requerimientos claros y precisos (*i.e.* no prohibitivos).

Aun cuando estos son los principales e hipotéticos cursos de acción que se necesita adoptar para asegurar que la importancia del interculturalismo no sea menospreciada, al llegar al segundo obstáculo que identificamos, parecería que no tenemos otra opción más que mostrar paciencia y buena voluntad. Por una parte, necesitamos preservar el objetivo final de un transculturalismo que adopte idealmente toda la humanidad, mientras que, por otra parte, cuando nos acercamos a nuestro objetivo debemos actuar con resolución, pero también con gran precaución y prudencia, procediendo en una base paso a paso y caso por caso.

Primeramente, debemos insistir en lo que podemos llamar "*pars destruens*", eliminando los residuos de nuestra sociedad de variadas y algunas veces penetrantes formas de destructivos elementos de oposición y división: *i.e.* etnocentrismo, racismo, antisemitismo, xenofobia y nacionalismo, etc.

Necesitamos entonces superar las barreras de la lengua, especialmente en las escuelas. Ésta es una cuestión fundamental. Ninguna forma de comunicación es efectiva si no es comprendida. No es una coincidencia que las mismas raíces del interculturalismo se encuentren en la enseñanza de la lengua. En el mundo de hoy en día, hay países donde tal integración ya ha sido lograda, otros donde continúa en proceso, y otros (incluyendo Italia) donde apenas ha comenzado. Sabemos que se necesitarán varias generaciones para completar este proceso. El aspecto más delicado de esta cuestión se refiere a cómo prevenir que una lengua sea sacrificada por otra. El curso de acción que debemos adoptar es, por consiguiente, no uno de simple transposición, *i.e.* como la traducción mecánica, sino una constante comparación, que explique simultáneamente tanto similitudes como diferencias. Tanto como sea posible, la filología, la lingüística y la antropología deberán tomar en cuenta siempre que una lengua refleja la profundidad de la mente humana, y como tal, expresa la substancia de la civilización y cultura de una comunidad.

La siguiente etapa implica un compromiso multicultural, *i.e.* para forjar relaciones y vínculos entre varias culturas de tal forma que se prevenga el surgimiento de una desavenencia irreparable y para asegurar que cualquier fricción existente sea eliminada. El propósito de esto es lograr un mínimo estado de perturbación y el establecimiento de una tolerancia y paciencia

mutuas. Este nivel mínimo de convivencia humana constituye ya un logro en muchas situaciones contemporáneas.

Muchas culturas coexisten mientras se ignoran unas a otras (o pretenden ignorarse). Estas tienden a apartarse a un estado de aislamiento, donde los sentimientos hostiles son reprimidos y donde siempre hay riesgo de que tales sentimientos surjan y exploten violentamente. Los ghettos, las reservaciones y las poblaciones protegidas son algunos ejemplos de coexistencia multicultural. Es claro que una cultura multiétnica no necesariamente implica una sociedad interétnica (el ejemplo de Brasil nos muestra que las jerarquías raciales echan raíz incluso en lugares donde no se encuentran las condiciones ideales para esto), y que el multiculturalismo no es necesariamente un paso hacia el interculturalismo (los Judíos de la Diáspora coexistieron por siglos con otras creencias dentro de la misma sociedad, aunque las dos culturas —judía y no judía— permanecieron separadas y, sobre todo, ignorándose una a otra).

Sin embargo, debemos enfatizar el hecho de que incluso cuando el multiculturalismo es visto en términos restrictivos, a menudo permanece como la única solución práctica. Lo importante es que sea visto como el primer, y no único, paso a tomar.

El siguiente paso es alentar a los individuos y comunidades a disminuir su distancia física y psicológica y a mostrarse mutuo respeto y colaboración. A este respecto, las escuelas pueden proveer una contribución decisiva en términos de lo que ofrecen en el marco de lo que es generalmente referido como temas clásicos y científicos (no nos aproximaremos a la validez de esta distinción aquí).

En tanto a temas clásicos concierne, la historia y las ciencias sociales (antropología, etnología, sociología y psicología) adquieren particular importancia. Cada cultura (hemos repetido esto muchas veces) surge y se desarrolla dentro del contexto de un tiempo y espacio específico. Esto también da origen a formas típicas de conducta y define la conveniencia de diferentes valores de referencia. Es muy importante el comprender (y enseñar y aprender) este fenómeno. Se espera, sin embargo, que un tema relativamente nuevo surgirá atendiendo a ambos aspectos que por el momento llamaremos "socio-historia".

Indudablemente, los temas tales como la historia, la antropología, etc; tienen su propia validez. Éstos deben preservar su identidad en sus efectos didácticos también, pero esto no les impide contribuir a la creación de una perspectiva crítica, comparativa y sistemática de las culturas existentes. no debería ser aceptado, por ejemplo, lo poco o nada que se explica en las escuelas occidentales sobre los desarrollos en el mundo Musulmán, en la civilización India o China, las adversidades que la gente judía enfrentó en la Diáspora, o la historia de todo un continente, África, y mucho menos de su colonización.

Los temas científicos juegan un rol indispensable, ya que en varios grados están basados en formas de lenguaje que trascienden tiempo y espacio. En particular, los lenguajes de las matemáticas y la lógica, ahora que han sido completamente formalizados, tienen una universalidad propia que trasciende límites y pertenece a toda la humanidad. Aquí ya vemos al interculturalismo realizado y en funcionamiento.

En resumen, las siguientes observaciones se aplican al impedimento final que mencionamos. Civilización y barbarie son términos antiguos, palabras que deberían ser tratadas con la debida sospecha. La palabra civilización se utiliza para significar una cultura superior, mientras que la palabra barbarie indica una cultura inferior. En la época colonial, los colonizadores eran definidos como "civilizados" y los colonizados como "bárbaros" (*i.e.* salvaje o primitivo). No hacía ninguna diferencia el que los primeros practicasen la esclavitud, mientras que los últimos incluyeran pueblos con tradiciones antiguas y refinadas, tal como los chinos.

La antropología moderna ha condenado esta confusa jerarquía de valores culturales. Los roles han sido revertidos y se nos recuerda continuamente que el real bárbaro es aquel que llama bárbaros a los otros.

Tal reconocimiento no elimina la realidad de la barbarie, que continúa manifestándose de dos formas: una forma general cuyos variantes grados afectan a todas las personas y otra que asume formas específicas, dependiendo de la población que demuestra tal conducta y del contexto histórico al que la conducta pertenece.

Ninguna otra especie viviente muestra la agresión intra-especie propia del hombre, al menos no a la misma magnitud y con la misma intensidad. En otras especies, esta agresión nunca toma la forma de un impulso primario, que debe ser contenido y reprimido para impedir la autodestrucción de las especies. La ininterrumpida sucesión de guerras en la historia de la humanidad y los variadamente exitosos intentos de genocidio son las más serias y evidentes consecuencias de la agresión intra-especie, que siempre es insuficientemente compensada por el impulso hacia la solidaridad, que ha existido desde el comienzo mismo de las especies. Un

testimonio del precario balance en el rompecabezas Empedocliano-Freudiano de amor y odio son provistos por las reglas (tales como las impuestas por la Convención de Ginebra) que los pueblos en conflicto están obligados a observar durante la guerra y el mismo hecho de que sean tan frecuentemente violadas.

El hecho de que esta forma de barbarie esté tan fuertemente arraigada en las especies, acompañando y comprobando su total proceso evolucionario, significa que es particularmente difícil de superar. Desde tiempos inmemoriales, esto ha sido uno de los principales factores de riesgo que hacen peligrar la existencia misma de las especies. Esto es demostrado por amenazas que utilizan armas no convencionales, *i.e.* atómicas, bacteriológicas y químicas. Esas amenazas parecen haberse retirado significativamente por el momento, pero no han desaparecido por completo. En nuestra búsqueda por promover una mejor comprensión y una más armoniosa relación, nuestros estudios de paleo-antropología, etnología, biología evolucionaria comparativa y psicoanálisis serán de gran ayuda, porque ampliarán nuestro conocimiento del proceso que genera la aparición de fenómenos y favorecen su consolidación. También encontramos múltiples y variadas formas de barbarie ligadas al desarrollo específico de cada persona. La palabra cultura ha sido adoptada como si fuera neutral en su significado, ignorando el hecho que todas las culturas dan lugar a valores tanto positivos como negativos.

Confinar comunidades humanas en ghettos, como fue el caso de los judíos en Europa por más de tres siglos, es un ejemplo de barbarie. El quemar brujas y herejes en estacas es otro ejemplo tanto de barbarie, como de tortura. La clitoridectomía y la infibulación constituyen prácticas bárbaras, como lo fue la costumbre antes practicada en China que llevaba a distorsiones en la anatomía de los pies de las mujeres. Desafortunadamente aquí hay interminables ejemplos. El hecho que permanece es que ninguna de esas prácticas puede ser legitimada puramente en nombre de la cultura occidental o árabe (o cristiana o musulmana). El respeto por las muchas culturas del mundo no significa que debemos abandonar nuestra aproximación crítica hacia ellas.

Existen, verdaderamente, algunas costumbres que son difíciles de evaluar, que vacilan entre ser inocentes y constituir una condición de respetuosa observancia, o actos bárbaros (forzar a la mujer a vestir el *shador*, la circuncisión, la prohibición de casarse con alguien de diferente raza o religión, ciertas formas de inquisición y confinamiento, etc). El debate de tales prácticas está abierto. Pero cuando se llega a los ejemplos que mencionamos anteriormente, el caso se ha llevado a cabo. Esto sin mencionar que el debate ético del cual las leyes éticas se derivan debe seguir adelante.

El hecho de que muchas convenciones que han sido universal y solemnemente aceptadas sean implementadas en unos cuantos casos es claramente de gran importancia y da lugar sin duda para la preocupación, pero en ninguna forma cuestiona la validez de los principios o, el a menudo arduo camino que tenemos que recorrer por ellos para hacerlos leyes.

Referencias

Balducci, E. (1990). *L'uomo planetario* (Planetary man). Edizioni cultura della pace. Florence: Stab. Grafico Aurora.

Bernardi, B. (1987). *Uomo cultura società. Introduzione agli studi etno-antropologici* (Mankind culture society. Introduction to ethno-anthropological studies). Milan: Franco Angeli.

Calasso, M. G. (1986). *La pedagogia degli scambi culturali* (The pedagogy of cultural exchanges). Florence: La Nuova Italia.

Garaudy, R. (1977). *Per un dialogo delle civiltà. L'Occidente un accidente* (For a dialogue between civilisations. The West is an accident). Assisi: Cittadella Editrice.

——— (1990). *Incontrarsi in Europa. Educazione interculturale e scambi giovanili* (Meeting in Europe. Intercultural education and youth exchanges). Milan: Mursia.

Lanternari, V. (1979). *Problemi di etnocentrismo e di identità* (Problems of ethnocentrism and identity). Rome: La Goliardica.

Melotti, U. (1992). *L'immigrazione: una sfida per l'Europa* (Immigration: a challenge for Europe). Rome: Edizioni Associate.

Memmi, A. (1989). *Il razzismo. Paura dell'altro e diritti della differenza* (Racism. Fear of others and the right to be different). Genoa: Costa & Nolan.

Traducción Julián Jair Téllez Morales

* *The European Journal of Intercultural Studies*. Volumen 8 Número 2 1997, Carfax Publisher, Oxford, pp. 185-191.
1 parte que destruye.